

Vivencias afectivas y actitud ante el existir (amor, envidia, culpa, muerte, fe y deber)

Vivir no es una facultad propia de los seres humanos pero sólo en nosotros la vida se tornó consciente. La conciencia de la vida subraya la diferencia del hombre con respecto a los animales y las plantas. Dicha conciencia es, a decir verdad, la cualidad inherente a nuestra naturaleza que nos da la oportunidad de pensar todo cuanto pasa alrededor nuestro, inclusive nuestras experiencias estrictamente personales.

Mijail Malishev, en su libro *Vivencias afectivas y actitud ante el existir*, encuentra en la concienciación de las situaciones vitales el móvil de su reflexión. Con ello no intenta reducir las vivencias a simples racionalizaciones –algo que por sí mismo aniquilaría su esencia–, sino que pretende hallar en el ser humano algo que se sitúa más allá de la razón y que, sin embargo, constituye también parte fundamental de su ser; porque las vivencias, afirma, “no son algo que tenemos sino algo que somos”.

El texto se compone de cinco ensayos, todos publicados ya en algún momento, y hoy reunidos para condensar el empeño personal del autor, quien se aboca al estudio de esta temática –poco explorada por cierto y verdaderamente interesante– desde un punto de vista fenomenológico. Cada ensayo es una combinación armónica de reflexiones filosóficas y análisis literarios a los cuales nos tiene ya acostumbrados Malishev. De esta forma, la estructura de la obra permite la lectura aislada de cada uno de los temas que ahí se presentan al mostrar que cada uno de ellos evidencia, como advierte el autor, que “todo drama vivencial es al mismo tiempo un drama moral”.

En el primer ensayo, intitulado “Amor y enamoramiento”, se hace una distinción entre uno y otro, y se establece que el primero es fruto del ejercicio

cia ante los hombres. Por eso la dio al mundo, para hacer alusión, silenciosamente, a su presencia. De Tolstoi, el autor recoge la idea de que el hombre, ante la muerte, reafirma su personalidad y se halla ante la posibilidad de encontrar su auténtico yo y de estar de acuerdo consigo mismo. De Heidegger, hace suya la certidumbre de la muerte y la idea de que ante ella hallamos una evidente verdad: “el ser es tiempo y el tiempo es el sentido del ser”. Por otro lado, se deja entrever que no es la muerte sino la conciencia de la misma la que no cesa de matarnos. Desde el punto de vista del autor, el hombre parece esforzarse no tanto por entender el fenómeno de la muerte como por evadirlo. En este sentido, todo intento por aplazar la muerte es producto –inconsciente quizás– de ese miedo a emparentarnos con la nada. El hecho mismo de pensar en la muerte nos aflige y angustia, porque concebimos la vida como una “agonía incesante”.

Por último, dice, es la pretensión humana de la salvación y la inmortalidad la que nos motiva a confiar en la existencia póstuma. En ella el hombre busca eternizarse. Pero este deseo, que parece imposible ante el fenómeno de la muerte, es lo que nos atormenta y acongoja. No se discute que la muerte sea una certeza inevitable, lo que se analiza es la repercusión interna que experimenta el sujeto cuando se topa frente a ella. Porque si bien la muerte “separa a los desfallecidos de los vivos”, también expresa un elemento de igualdad que nos hermana a una “suerte común”.

En el último ensayo, “Immanuel Kant: fe y deber”, Malishev aborda temas como el de la vida moral, la religión, la dignidad, el respeto y la autonomía, todos estos aspectos enmarcados en los planteamientos kantianos que él comparte. En este apartado se remarca la importancia que tiene el cuestionamiento en relación con el destino humano y las esperanzas sobre la vida futura.

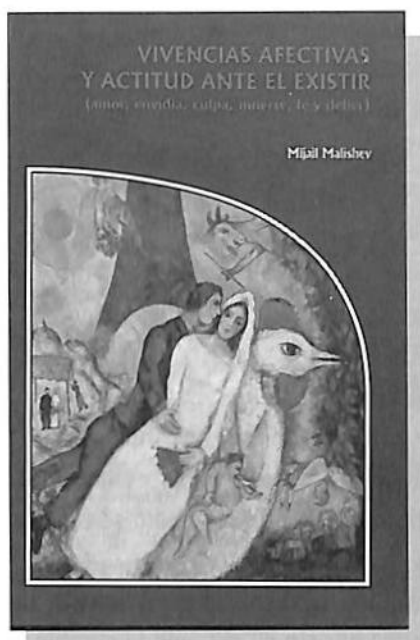
Se afirma que la fe –que constituye una creencia en lo que “nunca hemos visto”– es una “necesidad psicológica” que obliga a concebir un “más allá” pero que estropea la conducta moral en este mundo. Bajo esta óptica, se dice, el hombre moral sólo es tal a razón de “conservar su fidelidad al deber”. Éste, es la base del comportamiento moral y mediante él, el sujeto ético hace lo que *debe* hacer aun a pesar de *querer* hacer otra cosa; es decir, la acción se eleva al rango de imperativo. Pero, a diferencia de ciertos man-



datos que nos llegan del exterior, este imperativo es consecuencia de una ley que nos damos a nosotros mismos: la de actuar no conforme al deber, sino por el deber mismo. El deber es el fundamento del imperativo categórico kantiano y da cuenta del hombre moral como ser digno y autónomo. La autonomía es la facultad del hombre de ser su autolegisador, mientras que la dignidad subraya la importancia de éste como fin en sí mismo y no como medio. El deber, entonces, es ese “amor práctico” que se asienta en la voluntad consciente del sujeto para actuar moralmente; es decir, para actuar teniendo por sentada la idea de que no todo está permitido hacer, pues existen límites sin los cuales nuestra existencia sería imposible.

Todas estas vivencias afectivas: *amor, envidia, culpa, muerte, fe y deber*, forman parte de un análisis del autor que se amplía conforme crece el deseo de desentrañar el misterio de nuestra propia naturaleza. Su lectura, por ello, no sólo es útil por el legado que puede darnos, sino que representa un esfuerzo serio que podemos compartir, individualmente, para aproximarnos cada vez más a nosotros mismos. LC

Mijail Malishev, *Vivencias afectivas y actitud ante el existir (amor, envidia, culpa, muerte, fe y deber)*, UANL-UAEM, Toluca, 1999.



tad y la responsabilidad del sujeto. La primera constituye ese “testigo terrible y acusador” del que hablara Polibio, pues expresa ese repiqueteo de la conciencia –que mora en el interior de cada uno– sobre el actuar, al considerarlo no del todo correcto. Por su parte, la vergüenza “es la primera señal del resurgimiento de regulación moral de la conducta humana”; es decir, mediante la vergüenza, el sujeto ético empieza a constituirse como tal.

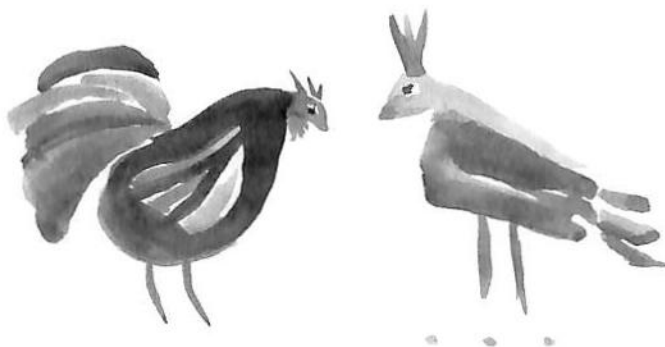
La culpa es el resultado de la conciencia que se tiene de una mala acción, de una falla en el hacer. Mediante la culpa el sujeto no sólo puede apropiarse de la ansiedad de resarcir el daño provocado, sino que también busca, fallidamente, retroceder el tiempo. Lo que es importante resaltar es que priva en la conciencia del culpable una pesadumbre difícilmente soportable. Por otro lado, el autor afirma que la culpa no es sólo una categoría moral sino también un “principio fundamental del derecho”, pues el hombre no sólo es lo suficientemente capaz de ser su

propio juez, sino que la sociedad tiene la facultad de castigarle por su mal comportamiento en pos de una justicia colectiva y de un orden social estable.

El remordimiento evidencia la conciencia de una falta; el arrepentimiento es la acción dirigida al porvenir como una posibilidad intrínseca de nueva esperanza: la de obrar de manera distinta, con base en un fundamento ético y moral. Ambas vivencias son fundamentales para el pleno ejercicio de la responsabilidad. Finalmente, la culpa es algo más que una mera situación existencial dolorosa: es el pretexto para corregir futuros actos. Por ello, su función no se reduce a la autocrítica y al tormento interior, sino que constituye la base que cimienta el verdadero ejercicio moral. Estas tres situaciones existenciales –culpa, remordimiento y arrepentimiento– mueven a la práctica del perdón. Éste, va más allá del simple olvido del agravio; es en sí mismo la “supresión del remordimiento”. En palabras del autor el perdón constituye “una gracia del corazón” que nos orilla intencionalmente al olvido de la falta.

En “El hombre ante su muerte”, Malishev explora cómo afecta al ser humano esta “situación-límite”, como la llamó Jaspers. La muerte no sólo es estudiada como el fin natural de toda vida, sino como una posibilidad inherente a la existencia que puede traspasarla. La muerte y la conciencia de la misma obligan a fincar un “más allá” posible donde la muerte no sea una muerte del todo.

El autor aborda el problema estudiando a cuatro de los principales representantes de la conciencia cristiana: Agustín de Hipona, Blaise Pascal, Sören Kierkegaard y Miguel de Unamuno, aunque también recurre a Tolstoi y Heidegger para obtener otra visión. En los primeros encuentra un punto común: “la muerte [como] una espantosa catástrofe [que] es consecuencia del pecado original”. Desde esta perspectiva, Dios inventó la muerte porque encontró en ella la oportunidad de subrayar su omnipoten-



del segundo. "Se enamora sólo aquel quien está predispuesto al amor". Es decir, el enamoramiento, como "fase inicial del amor" constituye un cambio fácilmente perceptible en lo que respecta a las actitudes, costumbres y gustos de quien se enamora. Todo ello en razón de concretar la conquista de ese ser que comienza a conformarse como parte vital de la persona: el ser amado.

No podemos reducir el amor al simple acoplamiento de los cuerpos. Es más bien el anhelo de la complementariedad, es decir, el esfuerzo por procurarnos la parte que creemos nos falta. En este sentido es un misterio y más aún, un doble misterio: primero, porque a pesar de sentir la necesidad de tener a nuestro ser amado junto a nosotros, no sabemos precisar qué es propiamente lo que amamos en él y, segundo porque en el amor no interviene la voluntad del sujeto en la determinación del objeto de su amor. Por otro lado, afirma el autor, "el amor está siempre dirigido al futuro", en tanto se espera la consolidación de la felicidad deseada.

Cabe destacar la importancia del "encantamiento" en estas vivencias. A través de él, el enamorado no sólo no puede vivir sin su ser amado sino que su felicidad depende de la felicidad de aquél. De igual forma, todas las cualidades y virtudes reales o potenciales afloran ante experiencias vitales como éstas. El enamorado, en su afán de amar, se preocupa en demasía por el otro porque lo considera parte fundamental de sí mismo y llega incluso a idealizarle, rayando, en algunos momentos, en la desesperación y el chantaje para mantenerlo a su lado.

Malishev señala que el amor es un "don divino" que se da por gracia y que no corresponde a ninguna clase de méritos. Encierra, entonces, vitalidad y sensibilidad. Y, entendido adecuadamente, construye y reafirma la personalidad de los amantes; pero, mal entendido, destruye y rompe con ese llamado a la armonía y plenitud del ser humano.

En el segundo apartado se analiza la "Envidia". En él, se sostiene que ésta es producto de un deseo frustrado que conlleva a la insatisfacción personal y al demérito de aquel que alcanzó el éxito. Se entremezcla también con un sentimiento de impotencia y de egoísmo que no reconoce, ni mucho menos comprende, el triunfo o la gloria de quien lo posee. En el fondo, apunta Malishev, la envidia parece ser la expresión más nítida del resentimiento. En ella se conjugan el rencor y la falsa consecución del respeto; ambos aspectos buscan, mediante el descrédito, la reafirmación de la autoestima de quien envidia. Éste sin embargo, lejos de buscar el exterminio del envidiado —y aquí encontramos una paradoja—, "quiere conservar[lo] porque representa una imagen de lo que él aspira ser".

La envidia, como hija del fracaso, "corroe y envenena el alma" de quien la vive. Por ello, ante un sentimiento de tal índole, sólo el reconocimiento de nuestra propia mezquindad puede contribuir a lograr un ayuno de maldad, cinismo y mala fe.

En el tercer ensayo, "Culpa: remordimiento y arrepentimiento", Mijail Malishev aborda temas como el de la conciencia moral, la vergüenza, la liber-